



“Pentecostés y  
Santisima Trinidad”

Pascua, Ascensión, Pentecostés- la resurrección de Jesús culmina en el derramamiento del Espíritu en el viento y el fuego. Piensa conmigo acerca de lo que los Padres de la Iglesia nos dicen de estos misterios.

“El. . . Hijo del Hombre fue revelado como el Hijo de Dios de más perfecta. . . manera, una vez que ha entrado en la gloria de su Padre,” San León Magno dice de la Ascensión. Cumplir con sus discípulos en su don del Espíritu Santo, Jesús “ahora comenzó a ser indescriptiblemente más presente en su divinidad a aquellos de quienes fue retirado en su humanidad.”

“Tomados por separado, somos muchos”, dice San Cirilo de Alejandría, “y Cristo envía al Espíritu, que es a la vez el Espíritu del Padre y de Él propio, a morar en cada uno de nosotros. . . . Si el único Espíritu habita en nosotros, el único Dios y Padre de todos estará en nosotros, y Él, a través de su Hijo, estará en unidad con uno y otro, y con sí mismo y con todos los que comparten en el Espíritu”.

Como San Ireneo nos recuerda, que la unión es Eucaristía. “Al igual que la harina seca, no puede convertirse en una bola de masa, una barra de pan, sin humedad, nosotros, siendo muchos, no podríamos llegar a ser uno en Cristo Jesús sin el agua que baja del cielo. Y como tierra reseca, que no da cosecha a menos que reciba la humedad, nosotros. . . . Nunca

podríamos vivir y dar frutos sin esta abundante lluvia de arriba. . . . Si no estuviéramos achicharrados y sin fruto, necesitamos el rocío de Dios. “En la segunda plegaria eucarística le pedimos al Padre que santifique el pan y el vino” con la efusión de su Espíritu Santo bajando sobre ellos como el rocío”.

San Cirilo de Jerusalén, pregunta por qué Nuestro Señor llamó agua a la gracia del Espíritu. “El agua baja del cielo en forma de lluvia, y aunque siempre es igual en sí misma, produce muchos efectos diferentes, uno en la palmera, otra en la vid, y así sucesivamente a lo largo de toda la creación. No viene, ahora como una cosa, y después como otra, pero sin dejar de ser esencialmente la misma, se adapta a las necesidades de todas las criaturas que la reciben. De la misma manera el Espíritu Santo. . . distribuye la gracia a cada uno como quiere. . . . Su acción es diferente en diferentes personas, pero el Espíritu es siempre el mismo. . . . El Espíritu viene a iluminar la mente en primer lugar del que lo recibe, y luego, a través de él, la mente de los demás, también”.

“Recibimos el Espíritu de la verdad, para que podamos conocer las cosas de Dios”, San Hilario enseña. ‘Para comprender esto, consideren lo inútil que las facultades del cuerpo humano serian si se les negara su función. Nuestros ojos no pueden cumplir su tarea sin luz. . . ; nuestros oídos no pueden reaccionar sin vibraciones sonoras, y en ausencia de cualquier olor nuestras fosas nasales son inútiles en su función. No es que estos sentidos pierdan su propia naturaleza si no se utilizan; más bien, ellos demandan objetos propios para poder funcionar. Es lo mismo con

el alma humana. A menos que absorba el don del Espíritu a través de la fe, la mente tiene la capacidad de conocer a Dios, pero carece de la luz necesaria para ese conocimiento”.

Que el Espíritu Santo ilumine nuestras mentes de nuevo-y luego nos dé el valor para vivir lo que sabemos.